

bió, según sus acostumbradas expresiones, que marchasen *majestuosamente y en masa* hacia Laval, desfilando por la orilla izquierda. Kléber y todos los generales se irritaron; pero, sin embargo, les fué preciso obedecer. Salió Beaupuy el primero, y Kléber le siguió inmediatamente. Todo el ejército vendeano se hallaba formado en las alturas de Entrames. Beaupuy empezó el combate; Kléber se extendió á derecha é izquierda del camino, con objeto de ocupar el mayor terreno posible; pero conociendo, sin embargo, lo desfavorable de esta posición, envió á decir á Lechelle que mandase la división de Chalbós contra el flanco del enemigo, con cuyo movimiento no podía menos de desunirlo. Pero como aquella columna estaba compuesta con los batallones formados en Orleáns y en Niort, y había huído tantas veces, se dispersó antes de ponerse en marcha. Lechelle huyó el primero, y una gran porción del ejército, que no se batía, le siguió aceleradamente, llegando en pocos momentos hasta Chateau-Gonthier, desde donde, no creyéndose aún seguros, se refugiaron en Angers. Los valientes maguntinos, que nunca habían temido, se dispersaron por primera vez, y entonces se generalizó la derrota. Beaupuy, Kléber, Marceau y los representantes Merlin y Turreau hicieron esfuerzos increíbles, pero inútiles, para detener á los fugitivos. Beaupuy, que recibió un balazo en el pecho, exclamó cuando le llevaban á una cabaña: «Que me dejen aquí y enseñen mi camisa ensangrentada á mis soldados.» El valiente Bloss, que mandaba los gendarmes, se dejó matar al frente de ellos; y finalmente, parte del ejército se detuvo en Lyon-d'Angers y la otra huyó hasta el mismo Angers. La indignación era general por el cobarde ejemplo que había dado Lechelle huyendo el primero; los soldados se quejaban en voz alta, y al día siguiente, durante la revista, los pocos bravos que habían permanecido en las filas, y que eran maguntinos, gritaban: «¡Fuera Lechelle; vivan Kléber y Dubayet! ¡Que nos devuelvan á Dubayet!» Al oír Lechelle estos gritos, se enojó mucho más contra el ejército de Maguncia y sus generales, cuyo valor le avergonzaba; y los representantes, viendo que los soldados no querían ya á Lechelle, decidieronse á suspenderle en sus funciones, ofreciendo el mando á Kléber. Este general le rehusó, porque no le gustaba una situación que le obligaría á estar siempre en pugna con los representantes, el ministro y el comité de salvación pública, y consintió sólo en dirigir el ejército bajo el nombre de otro. Confirióse, pues, el mando á Chalbós, que era uno de los generales de más edad del ejército; y Lechelle, anticipándose al acuerdo de los representantes, pidió su licencia, bajo el pretexto de estar enfermo; retiróse á Nantes, y murió allí poco tiempo después.

Viendo Kléber el lastimoso estado en que se hallaba el ejército, dispersada una parte de él en Angers y la otra en Lyon-d'Angers, propuso reunirle todo en el mismo Angers, concederle algunos días de reposo, suministrarle zapatos y equipo, y reorganizarle por completo. Adoptado este consejo, reunieronse todas las tropas en Angers. Lechelle no dejó de denunciar al ejército de Maguncia al hacer su dimisión, atribuyendo á hombres intrépidos una derrota que sólo se debió á su cobardía. Hacía ya largo tiempo que se desconfiaba de aquel ejército, por su espíritu de cuerpo, su afecto á los

generales y su oposición al estado mayor de Saumur; y los últimos gritos de *¡Viva Dubayet!*, *¡Fuera Lechelle!*, acabaron de comprometerle en el ánimo del gobierno. Muy pronto, en efecto, el comité de salvación pública expidió un decreto ordenando su disolución y fusión con los otros cuerpos, encargándose á Kléber este trabajo. Aunque la medida se adoptó contra él y sus compañeros de armas, prestóse á ella de buen grado, porque comprendía el peligro del espíritu de rivalidad y de odio que se establecía entre la guarnición de Maguncia y el resto de las tropas, viendo sobre todo una gran ventaja en formar buenas cabezas de columna, que hábilmente distribuidas podían comunicar á todo el ejército su propia fuerza.

Mientras sucedía esto en Angers, los vendeanos, libres de republicanos y no viendo ya nada que se opusiese á su marcha, no sabían qué partido tomar ni á qué teatro trasladar la guerra. Dos igualmente favorables se presentaban, y vacilaban entre el extremo de Bretaña y el de Normandía. En el primero, donde reinaba el fanatismo atizado por sacerdotes y nobles, les hubiera recibido con sumo gozo la población; su suelo, lleno de quiebras y montañas, les hubiera suministrado medios más fáciles de resistencia, y por último, se hubieran hallado á orillas del mar y en comunicación con los ingleses. La extrema Normandía, ó península de Cotentín, estaba un poco más distante, pero era mucho más fácil de guardar; porque apoderándose de Port Bail y San Cosme la cerraban completamente; tendrían allí la importante plaza de Cherburgo, muy accesible para ellos por parte de tierra, llena de provisiones de todo género y muy á propósito sobre todo para comunicarse con los ingleses. Estos dos proyectos ofrecían, pues, grandes ventajas, y su ejecución pocos obstáculos. El camino de Bretaña no estaba guardado sino por el ejército de Brest, confiado á Rossignol, y compuesto, cuando más, de cinco á seis mil hombres mal organizados; el de Normandía hallábase sólo defendido por el ejército de Cherburgo, que sólo constaba de quintos, dispuestos á dispersarse al primer tiro, y únicamente algunos miles de hombres de tropas más regulares que no habían salido aún de Caén. Así, pues, ninguno de estos dos ejércitos era de temer para el vendeano, y hasta se podía evitar fácilmente su encuentro con un poco de celeridad. No obstante, los vendeanos ignoraban la naturaleza de las localidades, y no tenían un solo oficial que pudiera decirles lo que eran la Bretaña y la Normandía y cuáles sus ventajas militares y plazas fuertes. Creían, por ejemplo, que Cherburgo estaba fortificado por la parte de tierra; no podían, por lo tanto, apresurarse, instruirse en su marcha, ni hacer en fin cosa alguna con un poco de vigor y exactitud.

Su ejército, aunque numeroso, hallábase en el más triste estado. Todos sus principales jefes habían muerto ó estaban heridos; Bonchamps murió en la orilla izquierda; d'Elbée hubo de ser trasladado á Noirmoutiers á consecuencia de su herida, y Lescure iba moribundo detrás del ejército, herido de un balazo en la frente. Sólo quedaba Larochejacquelein, á quien habían conferido el mando en jefe, quedando á sus órdenes Stofflet. Precisado el ejército á ponerse en movimiento abandonando su país, hubiera debido organizarse; pero marchaba en confusión como una horda, llevando en medio las

mujeres, los niños y los carros. En un ejército ordenado, los valientes, los cobardes y los débiles, unidos unos con otros, permanecen necesariamente juntos y se sostienen mutuamente, bastando con que haya algunos hombres animosos para que infundan su energía á todos los demás; pero aquí, por el contrario, ni se formaban filas, ni se observaba la división de compañías ó batallones, marchando cada cual con quien le parecía mejor; los intrépidos se habían reunido, formando un cuerpo de cinco ó seis mil hombres, siempre dispuestos á ir delante. Detrás seguía una tropa menos segura, y propia tan sólo para decidir una victoria, atacando por sus flancos á un enemigo vacilante; y en último término avanzaban confusamente los que estaban dispuestos á huir al primer tiro. Así, pues, los treinta ó cuarenta mil hombres armados se reducían en definitiva á algunos miles de valientes inclinados siempre á batirse por temperamento. La falta de subdivisiones no permitía formar destacamentos, dirigir un cuerpo á tal ó cual punto ni tomar ninguna disposición. Los unos seguían á Larochejacquelein y los otros á Stofflet, no queriendo ir sino con ellos; hacíase imposible dar órdenes, y todo cuanto se podía conseguir era que siguiesen al dar la señal.

Stofflet llevaba sólo algunos campesinos fieles, que comunicaban á sus camaradas lo que éste quería, contando únicamente con doscientos malos jinetes y unas treinta piezas mal servidas y peor conservadas. Los bagajes entorpecían la marcha; las mujeres y los ancianos, queriendo estar más seguros, trataban de introducirse entre los más valientes, y mezclándose en sus filas estorbaban sus movimientos. También comenzaba á reinar la desconfianza entre los soldados respecto á los oficiales, diciéndose que trataban de llegar al Océano para embarcarse y abandonar á los infelices campesinos después de sacarles de su país. El Consejo, cuya autoridad había llegado á ser completamente ilusoria, estaba dividido; los sacerdotes parecían descontentos de los jefes militares; y nada, en fin, hubiera sido más fácil que aniquilar semejante ejército, si no hubiese reinado el mayor desorden en cuanto al mando entre los republicanos.

Los vendeanos no podían, pues, concebir ni ejecutar un plan cualquiera. Habían transcurrido ya veintiséis días desde que abandonaron el Loira, y en tan largo espacio de tiempo no hicieron absolutamente nada. Después de muchas vacilaciones, adoptaron al fin un partido: por una parte se les decía que Rennes y Saint-Malo estaban guardados por numerosas tropas; por otra, que Cherburgo estaba muy bien defendido por el lado de tierra; y al fin se decidieron á sitiar Granville, situado á orillas del Océano, entre la punta de Bretaña y la de Normandía. El proyecto tenía sobre todo la ventaja de acercarlos á esta última provincia, que les representaban como muy fértil y bien abastecida; y en su consecuencia marcharon sobre Fauverges. En el camino se les reunieron quince ó diez y seis mil hombres del alistamiento, quienes se dispersaron después sin disparar un tiro. Los vendeanos se dirigieron á Dol el 10 de noviembre, y el 12 marcharon sobre Avranches.

El 14 de noviembre (24 brumario) se encaminaban hacia Granville, dejando en Avranches una mitad de su gente y todos los bagajes. La guarnición quiso hacer

una salida; pero la rechazaron, precipitándose en su seguimiento hasta el arrabal que precede á la plaza; la guarnición tuvo tiempo de entrar y cerrar las puertas; pero habiendo quedado aquél en poder de los vendeanos, érales mucho más fácil el ataque. Desde el arrabal avanzaron contra las empalizadas que se acababan de construir, y sin tratar de apoderarse de ellas, comenzaron á tirotear contra las murallas, mientras les contestaban con balas y metralla. Al mismo tiempo colocaron algunas piezas en las alturas inmediatas, é hicieron fuego inútilmente á la parte superior de los muros y á las casas de la ciudad. Por la noche se diseminaron, abandonando el arrabal, donde no les dejaba un momento de reposo el fuego de la plaza, y fueron á buscar, fuera del alcance de los cañones, alojamiento y víveres, y particularmente fuego, pues el frío comenzaba á ser muy riguroso. Apenas pudieron los jefes conservar algunos centenares de hombres en el arrabal para continuar el tiroteo.

Al día siguiente reconocieron más palpablemente aún su imposibilidad de tomar una plaza cerrada; trataron de poner en juego sus baterías, pero sin ningún resultado, y tiroteando de nuevo á lo largo de las empalizadas, se desanimaron al fin completamente. Uno de ellos imaginó de pronto aprovechar la marea baja para cruzar una playa y tomar la ciudad por el lado del puerto; y ya se disponían á intentarlo, cuando los representantes encerrados en Granville incendiaron el arrabal. Los vendeanos se vieron precisados entonces á abandonarle y á pensar en la retirada; renuncióse del todo á la tentativa por la parte del puerto, y al día siguiente volvieron todos á Avranches para reunirse con el resto de su gente y los bagajes. Desde aquel instante llegó á su colmo el desaliento; todos se quejaron más amargamente que nunca de los jefes, que les habían hecho salir de su país, tratando después de abandonarlos, y pidieron á gritos volver al Loira. En vano procuró Larochejacquelein, poniéndose á la cabeza de los más valerosos, inducirles á una nueva tentativa para penetrar en Normandía; inútil fué que avanzara contra Ville-Dieu y se apoderase de este punto: apenas le siguieron mil hombres, y el resto de la columna volvió á tomar el camino de Bretaña, marchando sobre Pontorsón, por donde había llegado. Apoderóse del puente de Beaux, sobre el río Selune, cuyo paso era indispensable para llegar á Pontorsón.

Mientras ocurrían estos sucesos en Granville, habíase reorganizado el ejército republicano en Angers; y apenas hubo transcurrido el tiempo necesario para que descansase un poco y se restableciese el orden, condújosele á Rennes, á fin de reunirle á los seis ó siete mil hombres del ejército de Brest, mandados por Rossignol. Allí se habían acordado en un consejo de guerra las medidas que debían adoptarse para continuar la persecución de la columna vendeana. Chalbós, que estaba enfermo, había obtenido permiso para retirarse á la retaguardia á fin de atender á su salud; Rossignol había recibido de los representantes el mando en jefe del ejército del Oeste y el de Brest, compuesto en totalidad de unos veinte ó veintitín mil hombres. Resolvióse que estos dos ejércitos marcharan desde luego á Antrain; que el general Tribout, que se hallaba en Dol con tres ó cuatro mil hombres, se dirigiera á Pontorsón, y que el general

Sepher, que mandaba seis mil soldados del ejército de Cherburgo, picase la retaguardia de la columna vendeana. Situada ésta así entre el mar y el puerto de Pontorsón, el ejército de Antrain y las fuerzas de Sepher, que llegaba de Avranches, debía ser bien pronto arrollada y aniquilada.

Todas estas disposiciones se llevaban á cabo en el momento mismo en que los vendeanos salían de Avranches y se apoderaban del puente de Beaux para dirigirse á Pontorsón. Era el 18 de noviembre (28 brumario): el general Tribout, charlatán sin conocimiento de la guerra, no tenía más que hacer, para guardar á Pontorsón, que ocupar un estrecho paso á través de un pantano que rodeaba la ciudad y que no podía evitarse, y con una posición tan ventajosa, érale fácil impedir que los vendeanos avanzaran un solo paso; pero tan pronto como divisó al enemigo, abandonó el paso, marchando hacia adelante.

Los vendeanos, enardecidos por la toma del puente de Beaux, le atacan denodadamente, obligándole á retroceder, y aprovechando el desorden de su retirada, precipítanse en su seguimiento por el paso que cruza el pantano, haciéndose así dueños de Pontorsón, á cuyo punto no hubieran debido nunca acercarse.

Gracias á esta falta imperdonable, abrióse un camino inesperado para los vendeanos. Podían marchar sobre Dol; pero desde allí érale preciso dirigirse á Andrain, pasando á través del gran ejército republicano. Sin embargo, evacúan á Pontorsón y avanzan sobre Dol: Wéstermann se lanza en su persecución; siempre tan fogoso, arrastra consigo á Marigny y sus granaderos, y osa seguir á los vendeanos hasta Dol, sin más que una simple vanguardia. Alcánzalos, en efecto, y los hace entrar confusamente en la ciudad; pero muy pronto se reponen, salen de Dol, y valiéndose del mortífero fuego que saben dirigir tan bien, obligan á la vanguardia republicana á retroceder á gran distancia.

Kléber, que dirigía siempre el ejército por sus consejos, aunque otro fuera el jefe, propone llevar á cabo la destrucción de la columna vendeana sitiándola, para que perezca de hambre, por las enfermedades y la miseria. Las tropas republicanas se desbandaban tan á menudo, que un ataque á viva fuerza ofrecía alternativas peligrosas; mientras que fortificando á Antrain, Pontorsón y Dinán, encerrábase á los vendeanos entre el mar y tres puntos atrincherados, y hostigados todos los días por Wéstermann y Marigny, no se podía menos de aniquilarlos. Los representantes aprueban este plan; pero de pronto llega un oficial de Wéstermann, quien dice que si se quiere secundar á su general, atacando á Dol por la parte de Antrain, mientras él acometerá por el lado de Pontorsón, se vería perdido el ejército católico, consiguiéndose su exterminio. Los representantes se enardecen al oír esta proposición: Prieur de la Marne, tan fogoso como Wéstermann, hace cambiar el plan convenido antes, y se decide que Marceau marchará sobre Dol á la cabeza de una columna, juntamente con Wéstermann.

En la mañana del 21 Wéstermann avanza sobre Dol: en su impaciencia, no piensa en averiguar si la columna de Marceau, que debe llegar de Antrain, se halla ya en el campo de batalla, y ataca apresuradamente, contestando el enemigo con sus terribles fuegos. Wéstermann

despliega su infantería y gana terreno; pero como comienzan á escasear los cartuchos, se ve obligado á practicar un movimiento retrógrado y va á situarse detrás de una meseta. Los vendeanos, aprovechando aquel instante, precipítanse sobre la columna y la dispersan.

Entretanto llega Marceau á la vista de Dol; los vendeanos, victoriosos, se reúnen contra él; resiste con heroica firmeza durante todo el día, consiguiendo mantenerse en el campo de batalla; pero su posición es muy peligrósa, y pide á Kléber consejos y auxilios. Kléber llega presuroso y aconseja ocupar una posición en los alrededores de Trans, posición retrógrada, á decir verdad, pero muy fuerte. Aún se vacila en seguir el parecer de Kléber, cuando la presencia de los tiradores vendeanos obliga á las tropas á retroceder, y aunque se desbandan al principio, consíguese reunirlos muy pronto en la posición indicada por Kléber. Este general vuelve á proponer entonces su primer plan, que consiste en fortificar á Antrain. Acéptase, pero no se quiere volver á este punto, sino permanecer en Trans y fortificarle para estar más cerca de Dol. De repente, y con esa volubilidad que presidía en todas las determinaciones, se vuelve á cambiar de parecer, y resuélvese de nuevo tomar la ofensiva á pesar de la experiencia de la víspera. Envíase un refuerzo á Wéstermann, ordenándole que ataque por su lado, mientras que el ejército principal lo hará por la parte de Trans.

Kléber objeta en vano que las tropas de Wéstermann, desmoralizadas por el acontecimiento de la víspera, no se sostendrán; los representantes insisten, y se resuelve el ataque para el día siguiente, llevándose en efecto á cabo. Wéstermann y Marigny son atacados por el enemigo; las tropas, aunque sostenidas por un refuerzo, se desbandan; los jefes hacen esfuerzos inauditos para contenerlas, y en vano reúnen algunos valientes á su alrededor, porque muy pronto se ven obligados á ceder. Los vendeanos, vencedores, abandonan aquel punto y dirígenle á su derecha contra el ejército que avanzaba desde Trans.

Mientras que acababan de alcanzar esta ventaja y se disponían á obtener una segunda, el estampido del cañón había sembrado el espanto en la ciudad de Dol, y entre aquellos que no habían salido aún para combatir. Las mujeres, los ancianos, los niños y los cobardes corrían por todas partes, huyendo hacia Dinán y el mar. Los sacerdotes, con la cruz en la mano, hacían inútiles esfuerzos para atraerles, y Stofflet y Larochejacquelein corrían también para conducir los hombres al combate. Por último se consiguió reunirlos, dirigiéndolos al camino de Trans, á retaguardia de los bravos que se habían adelantado á ellos.

En el campamento principal de los republicanos no era menos grande la confusión que reinaba. Rossignol y los representantes, mandando todos á la vez, no podían entenderse ni obrar. Kléber y Marceau, acosados por un profundo pesar, habíanse adelantado para reconocer el terreno y contener el esfuerzo de los vendeanos. Llegado ante el enemigo, Kléber quiere desplegar la vanguardia del ejército de Brest, pero ésta se desbanda al primer tiro; entonces manda avanzar á la brigada Canuel, compuesta en gran parte de batallones maguntinos; intrépidos como siempre, éstos resisten todo el día, permaneciendo solos en el campo de batalla, aban-

donados del resto de las tropas; pero los vendeanos les atacan de flanco, obliganles á retirarse, se aprovechan de la ventaja y les persiguen hasta el mismo Antrain. En fin, se hace urgente abandonar este punto, y todo el ejército republicano se retira á Rennes.

Entonces se reconoce la sabiduría de los consejos de Kléber. Rossignol, movido por uno de esos generosos impulsos de que era capaz, á pesar de su resentimiento contra los generales maguntinos, se presenta en el consejo de guerra con un papel que contiene su dimisión: «No he nacido, dice, para mandar un ejército; que me den un batallón y cumpliré con mi deber; pero yo no puedo encargarme de un mando en jefe. He aquí mi dimisión, y el que la rehuse será enemigo de la república.—¡No hay dimisión!, grita Prieur de la Marne, tú eres hijo mayor del comité de salvación pública, y nosotros te daremos generales que te aconsejen y que respondan de ti de los acontecimientos de la guerra.» No obstante, desconsolado Kléber al ver que el ejército estaba tan mal dirigido, propuso un plan, único que podía restablecer el buen estado de los asuntos, pero que era poco apropiado á las disposiciones de los representantes. «Es preciso, les dijo, dejar el cargo de general á Rossignol y nombrar un comandante en jefe de las tropas, uno de caballería y otro de artillería.»

Adoptada su proposición, tiene entonces el valor de proponer á Marceau para comandante en jefe de las tropas, á Wéstermann para comandante de la caballería y á Debilly para igual cargo en la artillería, todos tres sospechosos como individuos de la fracción maguntina. Disputábase un momento sobre las personas, y después se cede, sometiéndose todos al ascendiente de aquel hábil y generoso militar, que amaba la república, no por exaltación del espíritu, sino por temperamento; que servía con una lealtad y un desinterés admirables, y tenía la pasión y el genio de su oficio en alto grado. Kléber hizo nombrar á Marceau, porque disponía de este joven valeroso é intrépido y contaba con toda su fidelidad, y si Rossignol quedaba eliminado, estaba seguro de poder dirigirlo todo por sí mismo y terminar felizmente la guerra.

Agregóse la división de Cherburgo, que había venido de Normandía, á los ejércitos de Brest y del Oeste, y se abandonó la ciudad de Rennes para encaminarse hacia Angers, donde los vendeanos trataban de pasar el Loira. Estos últimos, después de haberse asegurado un medio para volver, por su doble victoria en el camino de Pontorsón y en el de Antrain, pensaron en regresar á su país, y al efecto volvieron á pasar inmediatamente por Fougères y Laval, proyectando apoderarse de Angers para cruzar el Loira por el puente de Cé. La última prueba que hicieron en Granville no les había convencido aún bastante de su impotencia para tomar plazas cerradas. El 3 de diciembre se lanzaron en los arrabales de Angers, comenzando un tiroteo al frente de la plaza, que continuó al día siguiente; pero por mucho que fuera su ardimiento para abrirse un paso hacia su país, del cual no estaban separados sino por el Loira, desesperaron bien pronto de conseguirlo. La vanguardia de Wéstermann, que llegó el mismo día 4, acabó de desanimarlos, induciéndoles á renunciar á su empresa, y emprendieron la marcha, remontando el Loira, sin saber por dónde podrían pasar. Unos pensaban llegar hasta Saumur, otros hasta Blois; pero mientras se resol-

vían, llegó Kléber con su división por la calzada de Saumur y les obligó á internarse de nuevo en Breña. Otra vez se veían estos infelices faltos de víveres, de zapatos y de carruajes para conducir sus familias, acometidas de una enfermedad epidémica, vagando de nuevo por Breña, sin encontrar un asilo ni una salida por dónde salvarse. Llenaban los caminos con sus despojos, y en el campamento frente á Angers se hallaron mujeres y niños muertos de hambre y de frío. Empezaban á creer ya que la Convención sólo aborrecía á sus jefes, y muchos arrojaban sus armas y huían en secreto cruzando los campos. Ponderáronles finalmente á Mans, la abundancia que allí encontrarían y la índole de sus habitantes, y se decidieron á dirigirse á aquella parte. Atravesaron la Fleche, de que se apoderaron, y entraron en Mans, después de una ligera escaramuza.

Seguíales el ejército republicano, entre cuyos generales se habían suscitado nuevas quejas. Kléber había intimidado á los discolos con su carácter, haciendo que los representantes enviasen á Rossignol á Rennes, con su división del ejército de Brest. Un acuerdo del comité de salvación pública dió entonces á Marceau el título de general en jefe, destituyendo á todos los generales maguntinos, aunque dejó facultad á Marceau para servirse de Kléber interinamente. Marceau declaró que no tomaba el mando si Kléber no estaba á su lado para disponerlo todo. «Al aceptar este título, dijo Marceau á Kléber, cargo con los disgustos y la responsabilidad, y te dejo á ti el verdadero mando y los medios de salvar el ejército.—Tranquilízate, amigo mío, le contestó Kléber, nosotros nos batiremos y pararemos juntos en la guillotina.»

Pusiéronse, pues, inmediatamente en marcha, y desde entonces se condujo todo con unidad y firmeza. La vanguardia de Wéstermann llegó á Mans el 12 de diciembre, y al punto atacó á los vendeanos. Introdujose el desorden en éstos, pero se colocaron delante del pueblo algunos miles de valientes conducidos por Larochejacquelein, y obligaron á Wéstermann á retirarse hacia donde llegaba Marceau con una división. Kléber estaba aún á retaguardia con el resto del ejército, y Wéstermann quería atacar inmediatamente, aunque fuese de noche, pero titubeaba Marceau, pues aunque arrebatado por su carácter ardiente, temía le reprendiese Kléber, cuyo frío y sereno valor no le dejaba nunca precipitarse; arrastrado al fin por Wéstermann se decide y acomete á Mans. Tocan á rebato, se esparce la desesperación por el pueblo; Wéstermann y Marceau, precipitándose entre las tinieblas de la noche, destruyen cuanto hallan al paso, y á pesar del terrible fuego de las casas, logran arrollar el mayor número de vendeanos en la plaza mayor del pueblo. Marceau hace tomar á derecha é izquierda las calles que daban á esta plaza, y sitúa de esta manera á los vendeanos. Sin embargo, su posición era muy peligrosa, porque metido en un pueblo en medio de la noche, pudiera haber sido rodeado y envuelto. Envió, pues, aviso á Kléber para que acudiese cuanto antes con su división; llega éste al rayar el día, y habiendo huído la mayor parte de los vendeanos, sólo quedaban los más valientes para proteger la retirada, pero se les carga á la bayoneta, se les deshace y dispersa, y empieza en todo el pueblo una matanza horrible.

Jamás hubo derrota tan sangrienta. Un número con